



LA BATALLA NAVAL.

VERDADERA RELACION DE LA MEMORABLE y feliz victoria que obtuvieron las gloriosas armas de la católica Liga, comandadas por el Serenísimo Señor Don Juan de Austria, contra la armada turquesca en el golfo de Lepanto, en el dia siete de Octubre de mil quinientos setenta y uno.

De Sicilia con poder la armada real partia: con buen acuerdo y concierto Don Juan de Austria la regia, magnánimo y valeroso, Príncipe de gran valía, hermano del Rey de España, que por general lo envia.

Doscientos y once galeras eran todas de la liga, con veinte y seis naves gruesas, seis galeazas habia, y veinte y cinco navíos de provisiones traía; cuarenta y cinco fragatas iban con gente lucida,



Duques, Condes y Marqueses
 llevaba en su compañía,
 y capitanes famosos,
 soldados de gallardía.
 Un estandarte dorado
 en su galera pendía,
 y un crucifijo pintado,
 el cual llevaba por guía,
 que el Padre Santo de Roma
 á Don Juan dado le había.
 Año de mil y quinientos
 setenta y uno corria,
 á los quince de Setiembre
 se salian de Mesina:
 de pifanos y tambores
 retumba la melodía:
 van en busca de la armada
 de la gente de Turquía.
 La busca de puerto en puerto
 con ánimo y valentía:
 dos bergantines delante,
 uno iba, otro venia.
 A cuatro del mes de Octubre,
 así que el alba rompía,
 encuentran una fragata
 que les dió larga noticia
 de la armada de los Turcos
 que en busca Don Juan venia.
 Doscientas y ocho galeras
 eran las que componian
 la escuadra, y treinta fanales
 treinta galeotas traian;
 mucha gente de Esclavonia
 era la que allí venia.
 Alí Bajá, general,
 á questa armada regía,
 y en el golfo de Lepanto
 el Turco se rebacia.
 Oyendo aquesto Don Juan,
 allí mismo el alto hacia:

llamando á los generales
 de esta suerte les decia:
 valerosos caballeros
 hoy esta empresa se fia
 á nuestro valor heroico,
 y por lo mismo querria
 para obrar con mas acierto
 vuestro sentir se me diga:
 este es pues mi parecer,
 de que á esta gente enemiga
 hoy mismo la acometamos
 sin aguardar á otro dia.
 Muchos dijeron que no,
 que cierto no convenia
 el que se pusiera á riesgo
 armada de tanta estima.
 El de Austria, sin responderles,
 á lo bajo descendia,
 y llamando al Veneciano
 de esta suerte le decia:
 qué os parece, buen conjunto,
 de nos y la santa Liga:
 en esta ocasion presente
 qué es lo que hacerse debia?
 Señor, que demos con ellos,
 Barbarigo respondia.
 Llama luego al de Colona,
 que doce galeras guia
 de nuestra Iglesia romana;
 y dió la respuesta misma.
 Despues llama á Juan Andrea
 Doria, que así se apellida,
 y le dice: buen hermano
 y amigo, qué os parecia?
 El Genovés valeroso
 con aire así respondia:
 demos, señor, la batalla,
 pues es ella quien nos brinda.
 A Don Albaro Bazan
 á llamar tambien envia:

y el Español animoso
 de esta suerte respondia:
 buen señor, acometamos
 á la gente de Turquía.
 El Comendador mayor
 sin llamarle se venia,
 y Don Juan le recibió
 con demostracion muy fina;
 le dijo: ilustre caudillo,
 espejo claro en quien brilla
 el honor del Rey Felipe,
 de la España norte y guia,
 qué os parece? y le responde:
 yo de parecer seria
 que no volvamos atrás
 por ningun modo ni via.
 El Príncipe muy gozoso
 á la popa se subia,
 y en alta voz dijo á todos:
 magnánima compañía,
 esté cada cual á punto
 para obrar con valentía,
 que embesrir quiero á los Turcos
 con el valor que me anima.
 Todos le dicen: Señor,
 cada cual en este dia
 cumplirá bien con su honor,
 vendiendo cara la vida.
 Cada cual á su galera
 al instante se retira,
 mandando tomar las armas
 al que mas presto podia.
 Pónense á punto de guerra
 con esfuerzo y osadia,
 y hácia el golfo de Lepanto
 con grande ánimo caminan.
 A siete dias de Octubre
 á las siete horas del dia
 descubrieron ya la armada,
 que viento en popa traía.

Mas Don Miguel de Moncada
 con grande acierto acudia
 entonces mismo á Don Juan,
 y con celo le decia:
 Señor, sepa vuestra Alteza,
 que es hoy el festivo dia
 de la Virgen del Remedio,
 festividad muy antigua
 en la ciudad de Valencia,
 donde tengo una capilla;
 invoquemos tal Señora
 con fé reverente y pia,
 para que victoria hayamos.
 Y Don Juan con alegría
 encomendándose á ella
 ofrendas le prometia;
 y el devoto Don Miguel
 cien doblas de oro ofrecia.
 Cuando cerca se miraron,
 el mar ya calmado habia,
 pues por su misericordia,
 Dios que á los suyos no olvida,
 quiso mostrarse piadoso,
 facilitando esta dicha.
 Todos se ponen en orden,
 los Turcos lo mismo hacian;
 mas la católica armada
 tres escuadras repartia,
 Don Juan iba en la del medio.
 El estandarte estendia
 D. Juan de Austria, y con esfuerzo
 antes de la batería,
 en una veloz fragata
 diligente se metia;
 y de galera en galera
 valor y ánimo infundia.
 Iba fuertemente armado,
 y en la siniestra traía
 levantado el Crucifijo,
 el estoque en la otra vibra,

animando á los soldados,
 y de esta suerte decia:
 amigos y hermanos míos,
 esforzada gente mía,
 muéstrase hoy vuestro esfuerzo
 y valerosa osadía
 en defensa de la Fé,
 y en morir en este día
 por Cristo crucificado
 y su Madre esclarecida.
 Allí un Padre teatino
 que el Papa enviado habia,
 les publicó un jubileo
 en que á todos concedia
 remision de sus pecados,
 y al que por la Fé moria
 en esta naval campaña
 la gloria le prometia.
 Y despues de publicado
 á todos les absolvía
 puestos de rodillas todos;
 y el Príncipe con la vista
 fijada en el Crucifijo
 estas palabras decia:
 poderoso Rey del cielo,
 mi fé grande en tí confía
 que me darás la victoria
 (por tu piedad) hoy cumplida.
 Vuelve tus ojos piadoso,
 y tu bondad no permita
 el que á tu esposa la Iglesia
 la ultrage la tiranía.
 No mires nuestros pecados
 Redentor del alma mía,
 si no segun tu clemencia,
 tu auxilio y favor me envía.
 Y volviendo á la real
 un leon bravo parecia:
 mandó luego disparasen
 un tiro de artillería

en señal de la batalla;
 el Turco correspondia
 y tocando al arma, al arma,
 Saboya y Malta embestian
 á Asambey y Barbarroja
 que al encuentro le salian.
 Diéronse grande rociada
 tiros y arcabuceria,
 siendo en tan terrible encuentro
 mortal la carniceria.
 Caracosa luego entró,
 Bayaceto le seguia;
 y sin temor Juan Andrea
 delante se les ponía:
 disparan gruesos cañones,
 cada cual se defendía,
 y envistiendo á Caracosa
 al instante lo rendian.
 Malambey, Bajá famoso,
 á la batalla venia:
 Don Alvaro lo recibe
 con su buena artillería;
 y á fondo nueve galeras
 le echó con una avenida.
 Mustafá, Turco animoso,
 que las señas conocía,
 embiste á los Venecianos
 dando muy gran vocería;
 los Venecianos pelean
 con esfuerzo y valentia,
 con galeras y galeazas,
 espanto al Turco ponian.
 Alí Bajá con asombro
 estaba siempre á la mira:
 viendo retirar su armada,
 pues iba ya de vencida,
 muchos turcos á la mar,
 mucha galera rendida,
 llorando de pura rabia
 su fortuna maldecía.

De Caracosa se queja
porque engañado le habia:
acordó de acometer
con gran zaña y mortal ira
á la galera real
donde el Príncipe asistia.
El valeroso Don Juan,
que en tal lance no dormia,
aguardole con pujanza,
con ánimo y valentía;
y encontrándole el Bajá
muy furioso le embestia.
Juntose proa con proa,
valientes se defendian,
diestramente peleaban
sin cuidar de las heridas,
jugando los arcabuces,
flechas y escopetería.
En la horrible confusion
del fuego y humo que habia,
del estruendo y de las voces
un infierno parecia.
Uuos dicen, Austria, Austria;
otros, Turquía, Turquía,
procurando cada uno
llevarse la mejoría.
Al árbol mayor los nuestros
llegaron de la enemiga
dos veces, siendo sus pechos
parapeto á las heridas:
los Turcos como leones
con valor les detenian;
sus galeras le dan gente
con diligencia muy viva,
y el Marqués con tres galeras
á Don Juan favorecia.
Los soldados belicosos
unos á otros se animan,
diciendo: viva la Iglesia;
otros Santiago apellidan.

5
Por fin, á puros esfuerzos,
y por voluntad divina,
la real turquesca rindieron;
y en pendencia tan reñida
mataron quinientos turcos,
casi la flor de Turquía;
Don Lope de Figueroa
el estandarte abatia,
y alzando el de nuestra fé
la victoria se publica.
El Príncipe victorioso
á todas partes corria,
y Juan Andrea á su lado,
que dejarle no queria,
ayudando con socorros
donde mas peligro habia.
En esto ven que el Maités,
su galera ya perdida,
de seis estaba cercado,
y que ninguno tenia
vivo de sus caballeros;
mas él con gran bizarría
con solos cinco Malteses
la popa les defendia,
y de estos, muertos los tres,
aun rendirse no queria.
Viniéndole pues socorro,
cobrando la que rendida
estaba ya de los Turcos,
de la popa se salian,
y apellidando victoria,
Austria dijo, viva, viva.
Los Turcos cuando esto vieron
poco á poco se rendian,
sino el traider de Ochali
que estaba puesto en huida
con sus doce galeotas
que comandaba argelinas.
El Marqués de Santa Cruz
y Andrea Doria le seguian.



y apresándole las siete
 con las otras se retira.
 Cuatro horas duró el combate
 de una funcion tan reñida,
 llegando el mar á teñirse
 con tanta sangre vertida.
 Treinta mil Turcos murieron,
 toda la flor de Turquía,
 solo seis mil de Cristianos,
 gente toda muy lucida,
 y quince mil los heridos,
 que escaparon con la vida.
 Ciento y sesenta galeras
 se ganaron este dia:
 se echaron cuarenta á pique,
 que el bravo mar sumergia;
 veinte gruesas galeotas,
 mil piezas de artillería:
 quince mil forzados libres
 quedaron con alegría:
 tres mil quinientos setenta
 son los Turcos que cautivan,
 y entre dichos prisioneros
 Bajaes de mucha estima.
 Al Comandante mayor
 por su parte le cabia
 una estremada galera
 en que Mahomet venia,

ayo de aquellos dos hijos
 que el Bajá tanto queria:
 á los dos los tomó presos,
 que iban en su compañía,
 y los presentó á Don Juan,
 que mucho lo agradecia.
 En la galera real
 del Turco, el número habia
 de ciento y sesenta mil
 cequíes de oro de estima
 su valor de mas de escudo
 y de mas muy gran cuantía;
 muchos brocados y sedas,
 aljófar y perlería.
 Caracosa mil cequíes
 de oro en la suya traía,
 cuya presa á los soldados
 su Alteza les repartia
 como franco y liberal;
 á quien Dios en la otra vida
 coronado haya de gloria,
 y por su clemencia pia
 dé aumentos á nuestra España,
 dissipando la osadía
 y el orgullo de los Turcos,
 para que la Iglesia viva
 triunfante de su enemigo
 en perpétua paz tranquila.

CARTA DEL GRAN SULTAN.

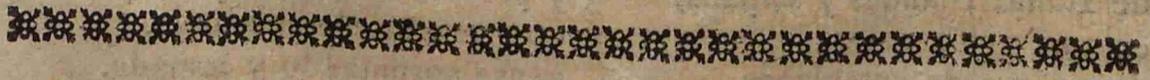
Yo Selim el gran Sultan,
 Rey de reyes coronado,
 y Señor de siete imperios
 que están bajo de mi mando,
 Capadocia y Trapisonda,
 y del gran Cayro nombrado,
 Emperador y gran Can,

de Esclavonia intitulado,
 de Constantinopla y Grecia,
 y gran Taborlan llamado,
 Emperador de Turquía,
 de Armenia y otros reinados,
 Rey de setenta y tres reyes
 que no digo ni he contado,



Señor de la Casa Santa
 que es la que llora el cristiano:
 á vos, Príncipe Don Juan,
 el de Austria intitulado,
 hijo del Emperador
 Carlos Quinto ya pasado,
 hermano del Rey Felipe
 el católico aclamado,
 y General de la Liga
 del de Venecia y Romano,
 y de la España invencible
 como siempre lo ha mostrados:
 allá os envío un presente,
 no conforme á vuestro estado;
 dichoso os podeis llamar,
 y en la mar afortunado,
 y feliz por el presente
 solo que voy á enviaros;
 y si no es cual mereceis,
 recibidlo de mi mano.
 Tres ropas de levantar
 recibireis de buen grado,
 tejidas con oro y plata,
 de precio muy estimado,
 forradas de finas murtas,
 muertas en monte Tartario:
 seis tapetes de oro y seda,
 con un cendal de brocado
 para arrear la galera
 donde vais aposentado;
 una cama de Turquía

con el pavellon persiano,
 cobertor de vuestras armas
 todo en perlas recamado:
 un arnés de fuerte acero,
 un jaez para el caballo
 hecho á la usanza turquesca
 de finas piedras sembrado:
 dos alfanques damasquinados
 con baynas de oro esmaltado,
 y en las pendientes correas
 vuestro nombre va bordado.
 En fin, Príncipe Don Juan,
 el presente mencionado
 no os lo doy por amistad
 ni por miedo que he cobrados;
 doylo por mis dos sobrinos
 hijos de aquel desdichado
 Alí, Bajá el mas famoso,
 el cual era mi cuñado,
 muy querido de mi hermana,
 de mi corte el mas privado.
 Tratadlos como á quien son,
 y así estoy certificado
 que comen á vuestra mesa
 y asisten á vuestro lado.
 Alá os guarde, señor,
 Príncipe el mas soberano:
 él os guarde de mi ira
 y del poder de mi brazo,
 que si Mahoma dormia
 ahora ya ha recordado.



RESPUESTA DE DON JUAN DE AUSTRIA.

A tí Selim ó Sultan,
 el que gran Señor se llama,
 Emperador sin tener
 la ceremonia romana;

yo D. Juan de Austria el menor
 de los de la Casa de Austria,
 conforme á lo que me escribes
 voy respondiéndolo á tu carta.

Tu presente he recibido
de grandeza y mano franca
por medio del Bajá Azambey
que es privado de tu casa.
No lo recibo por serte
súbdito, ni Dios lo manda;
ni por amor que me tienes,
pues tu ira me amenaza;
recíbolo porque sepan
la ocasion de tal jornada,
y de qué efecto procede,
por un órden de crianza,
y por último remate
por los ruegos de tu hermana.
No me tengo por dichoso
por lo que tú me regalas,
sino por lo que Dios obra,
pues tengo en él mi esperanza.
Y si dices que Señor
eres de la Casa Santa,
que es la que llora el Cristiano
por su desgracia en el alma,
guarda de que no la llore
en el infierno tu alma.
Allá envío á tu sobrino
Zabey, á quien tanto amas,
y Mulebuley, que es muerto,
va embalsamado en su caja.
Recibe á Zabey, el vivo,
para gloria de tu casa,
con arreos y preseas
de Italia, Flandes y España,
en una veloz galera
de oro y seda entapizada,
y en un trono de damasco
su persona aposentada;
los remeros con librea
azúl de seda y de plata.

Mas, de fino carmesí
dos cobertores de cama
de oro fino de Florencia
labrados á la toscana,
con rapacejos de aljofar,
y la seda de Granada.
Un armés hecho en Milán
en que no mella una bala:
un lindo estoque de Flandes,
que es su pomo una esmeralda,
y con arábigas letras
hermoseada su baina.
De mampuesto y de marfil
mesa á la turquesca usanza,
y almohadas de brocado
para asiento, por ser baja.
Una rica sobremesa
de cien doblas, con sus armas;
tres mantas con franjas de oro,
seis paños de fina grana,
con armas de oro reales
de la marca valenciana:
recíbelo por regalo,
y sin interés de nada;
que si no es como mereses,
tu grande merced lo ensalza,
y mi buena voluntad
sé que enmendará la falta
del presente, que al presente
otro mejor no se halla.
Miedo, dices, no te asiste,
y por ver si en mí se halla,
otra vez puedes probarlo,
gente aprontando y armada.
Pues que duerma tu Mahoma,
ó que esté con vigilancia,
nada á mi valor altera,
nada mueve á mi constancia.

F I N.

CON LICENCIA. Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.





ROMANCE HISTORICO

DE

LA BATALLA NAVAL.

Verdadera relacion de la memorable y feliz victoria que abtuvieron las gloriosas armas de la católica Liga, comandadas por el Serenísimo Señor Don Juan de Austria, contra la armada Turquesca, en el golfo de Lepanto, en el dia siete de Octubre de mil quinientos setenta y uno.

De Sicilia con poder
la armada Real partia;
con buen acuerdo y concierto
Don Juan de Austria la regia,
magnánimo y valeroso,
Príncipe de gran valía,
hermano del Rey de España,
que por general lo envia.

Doscientas y once galeras
eran todas de la liga,
con veinte y seis naves gruesas,
seis galeazas habia,
y veinte y cinco navíos
de provisiones traía;
cuarenta y cinco fragatas
iban con gente lucida,

Duques , Condes , Marqueses
llevaba en su compañía,
y capitanes famosos,
soldados de gallardía.
Un estandarte dorado
en su galera pendia,
y un Crucifijo pintado,
el cual llevaba por guia,
que el Padre Santo de Roma
á Don Juan dado le habia.
Año de mil y quinientos
setenta y uno corria,
á los quince de Setiembre
se salian de Mecina:
de pífanos y tambores
retumba la melodía:
van en busca de la armada
de la gente de Turquía.
La buscan de puerto en puerto
con ánimo y valentía:
dos bergantines delante,
uno iba , otro venia.
A cuatro del mes de Octubre,
así que el alba rompía,
encuentran una fragata
que les dió larga noticia
de la armada de los turcos,
que en busca Don Juan venia.
Doscientas y ocho galeras
eran las que componian
la escuadra , y treinta fanales
treinta galeotas traían;
mucha gente de Esclavonia
era la que allí venia.
Allí Bajá , general;
aquesta armada regia,
y en el golfo de Lepanto
el turco se rehacia.
Oyendo a questo Don Juan,
allí mismo el alto hacia:

llamando á los generales,
de esta suerte les decia:
valerosos caballeros,
hoy esta empresa se fia
á nuestro valor heróico,
y por lo mismo queria,
para obrar con mas acierto,
vuestro sentir se me diga:
este es pues mi parecer,
de que á esta gente enemiga
hoy mismo la acometamos
sin aguardar á otro dia.
Muchos dijeron que no,
que cierto no convenia
el que se pusiera á riesgo
armana de tanta estima.
El de Austria , sin responderles,
á lo bajo descendía,
y llamando al Veneciano,
de esta suerte le decia:
qué os parece , buen conjunto,
de nos y la santa Liga?
en esta ocasion presente,
qué es lo que hacerse debia?
Señor , que demos con ellos,
Barbarigo respondía.
Llama luego al de Colona,
que doce galeras guia
de nuestra Iglesia romana,
y dió la respuesta misma.
Despues llama á Juan Andrea
Doria , que así se apellida,
y le dice : buen hermano
y amigo , qué os parecia?
El genovés valeroso
con aire así respondia:
demos , señor , la batalla,
pues es ella quien nos brinda.
A Don Alvaró Bazan
á llamar tambien envia;

y el español animoso
de esta suerte respondia:
buen señor, acometamos
á la gente de Turquía.
El comendador mayor
sin llamarle se venia,
y Don Juan le recibió
con demostracion muy fina,
le dijo: ilustre caudillo,
espejo claro en quien brilla
el honor del Rey Felipe,
de la España norte y guia,
¿qué os parece? Y le responde:
yo de parecer seria
que no volvamos atrás
por ningun modo ni via.
El Príncipe muy gozoso
á la popa se subia,
y en alta voz dijo á todos:
magnánima compañía,
esté cada cual á punto
para obrar con valentía,
que embestir quiero á los turcos
con el valor que me anima.
Todos le dicen, señor,
cada cual en este dia
cumplirá bien con su honor,
vendiendo cara la vida.
Cada cual á su galera
al instante se retira,
mandando tomar las armas
al que mas presto podia.
Pónense á punto de guerra
con esfuerzo y osadía,
y hácia el golfo de Lepanto
con grande ánimo caminan.
A siete dias de Octubre,
á las siete horas del dia
descubrieron ya la armada
que viento en popa traía.

Mas Don Miguel de Moncada
con grande acierto acudia
entonces mismo á Don Juan,
y con celo le decia:
Señor, sepa vuestra Alteza
que es hoy el festivo dia
de la Virgen del Remedio,
festividad muy antigua
en la ciudad de Valencia,
donde tengo una capilla;
invoquemos tal Señora
con fé reverente y pia,
para que victoria hayamos.
Y Don Juan con alegría,
encomendándose á ella,
ofrendas le prometía:
y el devoto Don Miguel
cien doblas de oro ofrecia.
Cuando cerca se miraron,
el mar ya calmado habia,
pues por su misericordia,
Dios que á los suyos no olvida,
quiso mostrarse piadoso,
facilitando esta dicha.
Todos se ponen en orden,
los turcos lo mismo hacian;
mas la católica armada
tres escuadras repartia;
Don Juan iba en la del medio.
El estandarte estendia
D. Juan de Austria, y con esfuerzo
antes de la bateria,
en una veloz fragata
diligente se metia;
y de galera en galera
valor y ánimo infundia.
Iba fuertemente armado,
y en la siniestra traia
levantado el Crucifijo,
el estoque en la otra vibra,

animando á los soldados,
y de esta suerte decia:
amigos y hermanos míos,
esforzada gente mía,
muéstrese hoy vuestro esfuerzo
y valerosa osadía
en defensa de la fé,
y en morir en este día
por Cristo crucificado
y su Madre esclarecida.
Allí un Padre teatino,
que el Papa enviado había,
les publicó un jubileo,
en que á todos concedía
remisión de sus pecados;
y al que por la fé moría
en esta naval campaña,
la gloria le prometía.
Y después de publicado
á todos les absolvía,
puestos de rodillas todos;
y el Príncipe, con la vista
fijada en el Crucifijo,
estas palabras decía:
poderoso Rey del cielo,
mi fé grande en tí confía,
que me darás la victoria
(por tu piedad) hoy cumplida.
Vuelve tus ojos piadoso,
y tu bondad no permita
el que á tu esposa la Iglesia
la ultraje la tiranía.
No mires nuestros pecados,
Redentor del alma mía,
sino según tu clemencia,
tu auxilio y favor me envía.
Y volviendo á la Real
un león bravo parecía:
mandó luego disparasen
un tiro de artillería,

en señal de la batalla;
el turco correspondía,
y tocando al arma, al arma,
Saboya y Malta embestían
á A-sambey y Barbaroja,
que al encuentro le salían.
Diéronse grande rociada,
tiros y arcabuceria,
siendo en tan terrible encuentro
mortal la carniceria.
Caracosa luego entró,
Bayacelo le seguía;
y sin temor Juan Andrea
delante se le ponía:
disparan gruesos cañones,
cada cual se defendía,
y embistiendo á Caracosa
al instante lo rendían.
Malabey, Bajá famoso,
á la batalla venía;
Don Alvaro lo recibe
con su buena artillería;
y á fondo nueve galeras
le echó con una avenida.
Mustafá, turco animoso,
que las señas conocía,
embistió á los venecianos,
dando muy gran vocería;
los venecianos pelean
con esfuerzo y valentía,
con galeras y galeazas,
espanto al turco ponían.
Alí-Bajá con asombro
estaba siempre á la mira:
viendo retirar su armada,
pues iba ya de vencida;
muchos turcos á la mar,
mucha galera rendida
llorando de pura rabia
su fortuna maldecía.

De Caracosa se queja
porque engañado le habia:
acordó de acometer
con gran saña y mortal ira
á la galera Real,
donde el Principe asistia.
El valeroso Don Juan,
que en tal lance no dormia,
aguardóle con pujanza,
con ánimo y valentia;
y encontrándole el Bajá,
muy furioso le embestia.
Juntóse proa con proa,
valientes se defendian,
diestramente peleaban,
sin cuidar de las heridas,
jugando los arcabuces,
flechas y escopeteria.
En la horrible confusion
del fuego y humo que habia,
del estruendo y de las voces,
un infierno parecia.
Unos dicen, Austria, Austria;
otros, Turquía, Turquía,
procurando cada uno
llevarse la mejoría.
Al árbol mayor los nuestros
llegaron de la enemiga
dos veces, siendo sus pechos
parapeto á las heridas:
los turcos como leones
con valor les detenian;
seis galeras le dan gente
con diligencia muy viva,
y el marqués con tres galeras
á Don Juan favorecia.
Los soldados belicosos
unos á otros se animan,
diciendo: viva la Iglesia;
otros Santiago apellidan.

Por fin, á puros esfuerzos,
y por voluntad divina,
la Real turquesca rindieron;
y en pendencia tan reñida
mataron quinientos turcos,
casi lo flor de Turquía;
Don Lope de Figueroa
el estandarte abatia,
y alzando el de nuestra fé,
la victoria se publica.
El Principe victorioso
á todas partes corria,
y Juan Andrea á su lado,
que dejarle no queria,
ayudando con socorros
donde mas peligro habia.
En esto ven que el maltés,
su galera ya perdida,
de seis estaba cercado,
y que ninguno tenia
vivo de sus caballeros;
mas él con gran bizzarria
con solo cinco malteses
la popa les defendía,
y de estos, muertos los tres,
aun rendirse no queria.
Viniéndole pues socorro,
cobrando la que rendida
estaba ya de los turcos,
de la popa se salian,
y apellidando victoria,
Austria, dijo, viva, viva.
Los turcos cuando esto vieron,
poco á poco se rendian,
sino el traidor de Ochali,
que estaba puesto en huida,
con sus doce galeotas
que comandaba argelinas.
El marqués de Santa Cruz,
y Andres Doria le seguian,



y apresándole las siete,
con las otras se retira.
Cuatro horas duró el combate
de una función tan reñida,
llegando el mar á teñirse
con tanta sangre vertida.
Treinta mil turcos murieron,
toda la flor de Turquía,
solo seis mil de cristianos,
gente toda muy lucida,
y quince mil los heridos,
que escaparon con la vida.
Ciento y sesenta galeras
se ganaron este día:
se echaron cuarenta á pique,
que el bravo mar sumergía;
veinte gruesas galeotas,
mil piezas de artillería:
quince mil esforzados libres
quedaron con alegría:
tres mil quinientos setenta
son los turcos que cautivan,
y entre dichos prisioneros
Bajaes de mucha estima.
Al Comendador mayor
por su parte le cabía
una estremada galera,
en que Mahomet venía,

ayo de aquellos dos hijos
que el Bajá tanto quería;
á los dos los tomó presos,
que iban en su compañía,
y los presentó á Don Juan,
que mucho lo agradecía.
En la galera Real
del turco, el número había
de ciento y sesenta mil
cequíes de oro de estima,
su valor de mas de escudo,
y de mas muy gran cuantía;
muchos brocados y sedas,
aljofar y perlería.
Caracosa mil cequíes
de oro en la suya traía,
cuya presa á los soldados
su Alteza les repartía,
como franco y liberal,
á quien Dios en la otra vida
coronado haya de gloria,
y por su clemencia pia
dé aumentos á nuestra España,
disipando la osadía
y el orgullo de los turcos,
para que la Iglesia viva
triumfante de su enemigo
en perpétua paz tranquila.

CARTA DEL GRAN SULTAN.

Yo Selim el gran Sultan,
rey de reyes coronado,
y señor de siete imperios
que están bajo de mi mando,
Capadocia y Trapisonda,
y del gran Cairo nombrado,
Emperador y gran Can,
de Esclavonia intitulado,
de Constantinopla y Grecia,

y gran Taborlan llamado,
Emperador de Turquía,
de Armenia y otros reinados,
Rey de setenta y tres Reyes
que no digo ni he contado,
señor de la Casa Santa,
que es la que llora el cristiano:
á vos, príncipe Don Juan,
el de Austria intitulado,

hijo del Emperador
Carlos Quinto ya pasado,
hermano del Rey Felipe,
el católico aclamado;
y general de la Liga
del de Venecia y Romano,
y de la España invencible,
como siempre lo ha mostrado:
allá os envio un presente,
no conforme á vuestro estado;
dichoso os podeis llamar,
y en la mar afortunado,
y feliz por el presente
solo que voy á enviaros;
y sino es cual mereceis,
recibidlo de mi mano.
Tres ropas de levantar
recibireis de buen grado,
tejidas con oro y plata,
de precio muy estimado,
fornadas de finas martas,
muertas en monte Tartario:
seis tapetes de oro y seda,
con un cendal de brocado,
para arrear la galera
donde vais aposentado;
una cama de Turquia
con el pabellon persiano,
cobertor de vuestras armas,

todo en perlas recamado:
un arnés de fuerte acero,
un jaez para el caballo,
hecho á la usanza turquesca,
de piedras finas sembrado:
dos alfanques damasquinos,
con vainas de oro esmaltado,
y en las pendientes correas
vuestro nombre va bordado.
En fin, príncipe Don Juan,
el presente mencionado
no os lo doy por amistad,
ni por miedo que he cobrado;
dóilo por mis dos sobrinos,
hijos de aquel desdichado
Alí, Baja el mas famoso,
el cual era mi cuñado,
muy querido de mi hermana,
de mi corte el mas privado.
Tratadlos como á quien son
y así estoy certificado
que comen á vuestra mesa
y asisten á vuestro lado.
Alá os guarde, señor,
príncipe el mas soberano:
él os guarde de mi ira
y del poder de mi brazo,
que si Mahoma dormia,
ahora ya ha recordado.

RESPUESTA DE DON JUAN DE AUSTRIA.

A tí, Selim ó Sultan,
el que gran Señor se llama,
Emperador, sin tener
la ceremonia romana:
yo D. Juan de Austria el menor
de los de la casa de Austria,
conforme á lo que me escribes,
voy respondiéndolo á tu carta.

Tu presente he recibido
de grandeza y mano franca
por medio de Bajá Azambey,
que es privado de tu casa.
No lo recibo por serte
súbdito, ni Dios lo manda;
ni por amor que me tienes,
pues tu ira me amenaza;

recíbolo porque sepan
la ocasion de tal jornada,
y de qué efecto procede,
por un órden de crianza;
y por último remate
por los ruegos de tu hermana.

No me tengo por dichoso
por lo que tú me regalas,
sino por lo que Dios obra,
pues tengo en él mi esperanza.

Y si dices que señor
eres de la Casa Santa,
que es la que llora el cristiano
por su desgracia en el alma;
guarda de que no la llore
en el infierno tu alma.

Allá envío á tu sobrino
Zabey, á quien tanto amas,
y Mulebuley que es muerto,
va embalsamado en su caja:

recibe á Zebey el vivo
para gloria de tu casa,
con arreos y preseas
de Italia, Flandes y España,
en una veloz galera
de oro y seda entapizada,
y en un trono de damasco
su persona aposentada;
los remeros con librea
azul de seda y de plata.

Mas, de fino carmesí
dos cobertores de cama
de oro fino de Florencia,
labrados á la toscana,

con rapacejos de aljofar,
y la seda de Granada.

Un arnés hecho en Milán,
en que no mella una bala:
un lindo estoque de Flandes,
que es su pomo una esmeralda,
y con arábigas letras
hermoseada su vaina.

De mampuesto y de marfil
mesa á la turquesca usanza,
y almohadas de brocado
para asiento, por ser baja.

Una rica sobremesa
de cien doblas con tus armas,
tres mantas con franjas de oro,
seis paños de fina grana,
con armas de oro reales,
de la marca valenciana.

Recíbelo por regalo,
y sin interés de nada,
que sino es como mereces,
tu grande merced lo ensalza,
y mi buena voluntad
sé que enmendará la falta
del presente, que al presente
otro mejor no se halla.

Miedo, dices, no te asiste,
y por ver si en mí se halla,
otra vez puedes probarlo,
gente aprontando y armada.

Pues que duerma tu Mahoma,
ó que esté con vigilancia,
nada á mi valor altera,
nada mueve á mi constancia.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24,
donde se hallarán otros diferentes.*

